

antes que él, Cratino y Eupólis. Los críticos antiguos no encomian mucho á Frinico el cómico, á Magnes, Hermipo, Amipsias y otros poetas poco conocidos en el dia, quienes triunfaron algunas veces, en el concurso de las comedias, de Cratino, Eupólis, y hasta de Aristófanes. Despues de este último nombre, los alejandrinos solo admitieron en su catálogo los de Ferécrates y Platon el cómico; pero puede decirse que uno y otro son tan desconocidos como los precitados. Para los griegos, la Comedia antigua se personificaba completamente en tres hombres: Eupólis, Cratino y Aristófanes. A Eupólis se le representa como á poeta ameno é ingenioso, mucho mas que como á satírico vehemente y temible. Sobresalía en la alusion, en la crítica indirecta: no necesitaba la parabase para decir á los atenienses cuanto se le antojaba, y para dirigir buenas y punzantes lecciones á los espectadores. Parece que sus ataques, si bien mas torcidos y menos ofensivos, no gustaban mucho mas á quienes los recibian que los sarcasmos é invectivas de Aristófanes. En efecto, cuentan que Alcibíades hizo ahogar á Eupólis para vengarse de haberse sido entregado por él á las risas populares. Cratino carecia, segun dicen, de gracia y buen humor, y no sabia combinar armoniosamente el plan de sus comedias, ni componerlas y desarrollarlas con arte. Distinguíase principalmente por su aspereza satírica y por la oportunidad de sus ocurrencias. Con todo, el siguiente pasaje prueba que no siempre era injusto, y que tambien sabia elogiar á los hombres de bien: « Y me lisonjeaba, yo Metrobio el escribano, de que ese hombre divino y el mas hospitalario del mundo, el primer griego en todas las virtudes, Cimon en fin, me haria pasar dichosa-

mente la vejez en una grata abundancia á su lado, hasta el fin de mis dias; pero Cimon me ha dejado; se ha ido antes que yo.

No solo era Aristófanes hombre de talento, sino de ingenio; reunia todas las cualidades de Cratino y Eupólis, el númen mordaz y la pasion del uno, el chiste, la agudeza, la gracia y el arte del otro, y poseia en supremo grado el entusiasmo lírico y la perfeccion del estilo: así es que desde luego les superó en la estimacion de los contemporáneos, y los siglos siguientes han ratificado sus derechos á esta superioridad sobre todos los poetas de la Comedia antigua.

CAPÍTULO XXIII.

Otros poetas del siglo de Pericles.

PANIÁSIS.—QUERILLO DE SÁMOS.—ANTÍMACO.—CRÍCIAS.—VERDADEROS
ELEGÍACOS DEL SIGLO V.

Paniásis.

El extraordinario esplendor de la poesía dramática durante el gran siglo de Pericles, no ha de obstar para que divisemos en aquella época algunos ingenios que siguieron las sendas de la poesía antigua, y que no siempre fueron indignos de los primeros maestros.

Paniásis, el tio de Herodoto cuyo nombre hemos ya citado, era autor de una epopeya sobre Hércules. La *Heracleida* de Paniásis era superior, en sentir de los griegos, á los demás poemas que versaban sobre la vida y trabajos del héroe tebano. Paniásis era tenido por clásico. Apreciábanse en su obra el acierto de la disposicion y el interés de las

narraciones; y el estilo, si bien dejaba que desear en punto á elevacion y nervio, se recomendaba por su gracia y elegancia.

Querilo de Sámos.

Querilo de Sámos, diferente del poeta trágico de este nombre, se ensayó en la epopeya histórica, pero con mediano éxito. Tomó por argumento la segunda guerra meda. Dudamos que esta obra, seguramente algo posterior á los *Persas* de Esquilo, hiciesen mas que aumentar la admiracion de los griegos por la epopeya dramática del soldado de Maraton y Salamina. Horacio dice que Querilo tenia cosas buenas, pero muy pocas; y nada prueba que el poeta latino juzgase sobrado severamente su poema.

Antímaco.

Antímaco, natural de Cláros, en Jonia, á quien llaman Antímaco de Colofonte porque residia en esta ciudad, era muy diferente de Querilo. Figuraba en el primer puesto entre los poetas épicos, despues de Homero. Era casi contemporáneo de Herodoto. Su poema era una *Tebaida*. Quintiliano, eco de los críticos de Alejandria, caracteriza esta obra en los siguientes, términos: «En Antímaco hemos de alabar la energía, la gravedad, un estilo nada comun; pero aunque los gramáticos, por un consentimiento casi unánime, le concedan el segundo lugar en la epopeya, debo decir que carece de patético, de agrado, de orden, de arte en fin, y que manifiesta claramente la gran diferencia que hay de acercarse mucho á otro á ser un grado inferior.» También compuso Antímaco un poema elegíaco, nominado *Lide*, cuyo argumento se ignora, el cual ofrecia probablemente

calidades y defectos análogos á los de su epopeya. Añadamos de paso que Antímaco se ocupó en una nueva revision del texto de Homero.

Cricias.

Cricias, uno de los treinta tiranos de Aténas, no carecia de cierto talento poético; ni tampoco carecen de mérito los fragmentos que restan de sus elegías; especialmente el que comprende el elogio de la virtud de los espartanos; pero su poesía es algo árida, aunque las expresiones sean á veces atrevidas y figuradas. Parece que casi todas las elegías de Cricias eran sátiras políticas. Sátira era á lo menos la elegía en que decia á Alcibiades: El decreto que te ha indultado, lo propuse yo en la asamblea; á mí me debes tu regreso: estos acontecimientos llevan impreso el sello de mi lengua.

Verdaderos elegíacos del siglo V.

Los tres grandes poetas trágicos son los verdaderos elegíacos del siglo V. Ignoramos hasta que punto era inferior al ingenio del autor de los *Persas* su elegía sobre los muertos de Maraton. La victoria por Simónides alcanzada no prueba que fuese un canto sin valor. Esquilo sob resalió en el epígrama, que era la misma elegía reducida á mas estrechas proporciones. Ya hemos citado su inscripcion fúnebre; hé aquí otra en honor de los griegos muertos en las Termópilas, la cual prueba que Esquilo podia rivalizar en el metro de Tirteo con los poetas mas inspirados: «Ellos tambien, valientes guerreros, perecieron á los golpes de la sombría Parca, lidiando por su patria de ricos ganados; mas aunque hayan muerto, viva es la gloria de aquellos cuyos robustos cuer-

pos quedaron en otro tiempo sepultados en la tierra de la Osa.»

Creemos ocioso demostrar que bastaba la voluntad de Sófocles para ser el primer elegíaco, y que las elegías que compuso habian de ser obras maestras. Respecto de Eurípides, nos hallamos en disposicion de juzgar de lo que sabia hacer en este género, pues elegía es, ó canto en versos elegíacos, lo que puso en boca de la viuda de Hector, suplicante al pié de los altares: «No esposa, sino furia, era la que París condujo á la alta Ilion, Helena, que vino á compartir su lecho. Por culpa suya, oh Troya, el rápido Marte de Grecia, con sus mil naves, te ha tomado y destruido con la lanza y con el fuego; por culpa suya ¡desdichada! he perdido á mi esposo Hector, á quien el hijo de Tétis, diosa de los mares, arrastró en torno de las murallas, atado á su carro! Y á mí, del tálamo nupcial me arrastraron á la orilla del mar, con la cabeza cargada con el yugo de la esclavitud. Muchas lágrimas corrieron por mis mejillas, cuando dejé en el polvo mi ciudad, mi lecho nupcial, y á mi esposo. ¡Triste de mí! ¿Porqué continuo viendo la luz, para ser esclava de Hermione? Víctima de su crueldad, abrazo con mis manos suplicantes la estatua de la diosa, y me desato en dolor, como la fuente que gotea de la peña (1).» Hénos ahí en lo patético, en la verdadera poesía, y muy léjos de Críacias y sus resentimientos retrospectivos.

Desde la muerte de Simónides y Píndaro, hubo también poetas que tomaban el nombre de líricos; pero ninguno llegó siquiera á la notoriedad de Querilo ó Críacias. Toda la poesía lírica se habia pasado con armas y bagajes, permítase-

(1) Eurípides, *Andrómaca*, v. 403 y sig.

nos la expresion, al campo dramático, á la tragedia, al drama satírico, y hasta á la comedia.

CAPÍTULO XXIV.

Tucidides.

VIDA DE TUCÍDIDES — CARÁCTER DE LA OBRA DE TUCÍDIDES. — ESTILO DE TUCÍDIDES. — EXCELENCIA MORAL DE LA OBRA DE TUCÍDIDES. — RETRATO TRAZADO POR TUCÍDIDES.

Vida de Tucídides.

Mientras Aristófanes y sus émulos interpretaban á su modo los sucesos de la guerra del Peloponeso, y ridiculizaban á sus caudillos, un hombre de ingenio muy diferente que desde los primeros momentos de la lucha columbró que se preparaban grandes revoluciones, é intervino también en los negocios, estudiaba las causas reales de las disensiones intestinas de Grecia y se dedicaba á describirlas en un cuadro completo é imparcial, consagrando á esta grande obra su fortuna, su actividad y los ratos de ocio que le proporcionaron sus conciudadanos: queremos hablar del historiador Tucídides, hijo de Oloro.

Tucídides nació en Halimunta, demo del Atica, en el año 471 antes de Jesucristo. Su familia era una de las mas ricas y principales de Atenas. Es fama que su padre descendía de un rey de Tracia; y su madre era nieta de Milcíades, vencedor de Maraton, ó segun otros, tenia por progenitor al tirano Pisistrato. Cuentan los antiguos que cuando Tucídides tenia quince años de edad, asistió á una de las lecturas hechas por Herodoto en las asambles públicas de

Grecia, y que, niño como era, llegó á derramar lágrimas de admiración. Allí, según algunos, se reveló la vocación de historiador que con tanto acierto había de cumplir Tucídides; mas como trascurrieron veinte y cinco años desde aquel día hasta la época en que Tucídides, según confiesa él mismo, comenzó á reunir los materiales de una historia; y como á la edad de cuarenta años aun no había escrito cosa alguna en este género, ni probablemente en ningún otro, es dudoso que los aplausos que recibió Herodoto en Olimpia diesen á Grecia, como á veces se dice, el ingenio de Tucídides. Lo cierto es que este historiador no admiraba mucho el libro de Herodoto: hasta le reconviene con bastante dureza por haber buscado más el deleite del lector que su utilidad, y cedido con sobrada frecuencia al gusto por lo maravilloso; pero este es el juicio de Tucídides en su edad madura, atento ante todo á las enseñanzas políticas que han de brotar de la historia; de Tucídides que, como dice él mismo, trabajaba afanosamente para legar á los siglos futuros un monumento imperecedero.

Durante los primeros años de la guerra desempeñó Tucídides importantes cargos, á satisfacción de los atenienses; pero no habiendo podido en 424 llegar á impedir que Brásidas se apoderase de Anfípolis, fué juzgado y desterrado. Este destierro duró veinte años, desde 423 hasta 403, pues la sentencia pronunciada contra Tucídides no se revocó hasta que dió fin la interminable guerra; y los pasó en Tracia, en Escapte-Hile, donde poseía por parte de su esposa minas de metales preciosos, observando atentamente las fluctuaciones de la fortuna, enterándose por conducto de agentes pagados de cuanto pasaba día por día en Grecia,

meditando profundamente sobre los efectos para descubrir las causas, y redactando en fin aquel libro extraordinario, admirable maravilla del pensamiento antiguo. Créese que volvió á domiciliarse en Atenas cuando se indultó á los desterrados; pero algunos dicen que por aquel tiempo vivía en la corte de Arquelao, y otros, que no se movió de Tracia, ni de Escapte-Hile. Plutarco dice formalmente que pereció en Tracia á manos de un asesino. Fácil es conciliar estas autoridades. Nada impide que Tucídides, aprovechando la amnistía para regresar á Atenas, fuese á visitar al rey Arquelao y volviese de vez en cuando á ver sus minas de Tracia, hasta el día en que cayó víctima de algún malhechor, ó quizás de un enemigo personal; y ninguna necesidad hay, porque muriese en Tracia, de suponer que murió cuando estaba preparándose para regresar á su patria. La opinión más verosímil es que falleció diez años después del decreto de amnistía, esto es, en 395 antes de nuestra era, y por consiguiente á los sesenta de edad.

Tucídides no acabó su obra, puesto que se proponía terminarla con la toma del Pireo y de las largas murallas, y se detuvo en el octavo y último libro á la mitad del año vigésimo primero de la guerra. Y este último libro no es más que un bosquejo que solo los ciegos no ven la mano y el ingenio de Tucídides. Parece que el autor no publicó ninguna parte de la obra. El único manuscrito que de ella existía cayó por dicha en poder de un hombre capaz de comprender el precio de semejante tesoro: este hombre era Jenofonte. Si la anécdota es verdadera, no es uno de sus menores títulos de gloria el de haber transmitido fielmente á la posteridad el legado de Tucídides.

Carácter de la obra de Tucídides.

El plan de la obra no necesita análisis, pues es sencillamente una narracion cronológica, en la que los acontecimientos se siguen con la regularidad de la sucesion de las estaciones. El historiador cuenta por veranos é inviernos, sin permitirse nunca, siquiera para mas claridad, saltar de un año á otro. Ya no vemos, como en Herodoto, el poético arreglo de una especie de epopeya; no vemos el arte de Homero, pero sí un poeta. Este aserto, que tal vez parezca extraño, es la expresion de la estricta verdad. Tucídides es poeta de hecho, si no de intencion, y su libro es como una gran tragedia, hábilmente compuesta, con sus peripecias y mutaciones, cuyo desenlace habia de ser mas terrible y mas imponente que todas las catástrofes de la casa de Atreo ó de la estirpe de los Labdácidas. Posee el arte de pintar los caractéres con una palabra, con un gesto; y no necesita diseñar minuciosamente los retratos de sus héroes para representarles á nuestros ojos: abstráese todo lo posible de su obra, y deja que hablen los contecimientos. Nos equivocamos; á veces interviene, como el coro trágico, ora con rápidas y breves reflexiones, ora con largas y magníficas monodias. Entendemos por tales las arengas que pone en boca de sus personajes, y que son, no lo que estos han dicho, sino lo que han debido decir, lo que el mismo Tucídides hubiera dicho en su lugar. Él lo confiesa ingénuamente, y aunque así no fuese, poco nos costaria convencernos de ello. En estas arengas prodigó las reflexiones, dió el comentario moral, y por decirlo así, la filosofía de los hechos referidos. Y en el estilo de las mismas, que nada oratorio tiene, como lo ob-

serva Ciceron, y que solo algunos insensatos, como dice tambien este autor, podian tomar por modelo en la composicion de verdaderos discursos, se nota alguna extraña analogía con el de los coros de Sófoles y principalmente de Esquilo. Es la misma valentía de giros, la misma concision elíptica, el mismo nervio y el mismo brillo de expresiones; es en fin la misma violencia hecha á la mente del lector, para obligarle á inquirir y adivinar antes de comprender.

Por punto general, la narracion es sumamente sencilla, casi sin ningun adorno, y apenas nos trae á la memoria á Sófoles ni Esquilo; pero así que la materia adquiere importancia, el relato se anima y engalana, sin perder nada de su gravedad; reaparece el poeta, y óyese, como decia un antiguo, hasta en el movimiento de las palabras, hasta en los sonidos contrastados de las silabas, el ruido de las armas, los agudos gritos de los combatientes, el fragor de las naves que chocan unas con otras y se quebrantan. Y donde Tucídides se eleva á las majestuosas proporciones de la poesía no es solo en la relacion de las batallas. El espectáculo de las grandes calamidades humanas le conmueve el alma y le arranca patéticos acentos. Admira las nobles acciones, hace justicia á todos los talentos y virtudes, y el calor del sentimiento penetra y anima la diction, comunicándola cierta indefinible vida, aunque Tucídides exprese lo mas sencillamente su idea. La famosa descripcion de la peste de Atenas, al fin del poema de Lucrecio, no es mas que una traduccion del relato de Tucídides; y esta copia, de donde ha desaparecido el moralista, y donde solo queda el naturalista poeta, dista mucho de producir la terrible, si bien saludable, impresion del original. Hay en Tucídides

otros muchos relatos, y de todo género, que pudiéramos alegar en apoyo de nuestra opinion; mas nós ceñimos á indicar uno solo, el de la partida de la escuadra ateniense para la expedicion de Sicilia. Y algunos tienen bastante gracia y elegancia para justificar el dicho de los antiguos: Aquí el leon ha reido.

Estilo de Tucídides.

Por lo demás, aquel se formaria una idea muy falsa del estilo de Tucídides que se figurara una prosa poética como la del *Telémaco* ó de los *Mártires*. Tucídides nunca emplea los términos de la poesía. Su lengua es la que hablaban los hombres de su tiempo en Atenas: es el ático puro, bebido en la parte mas cristalina de la fuente. Con todo, el escritor ejerce un despótico imperio en las palabras: les hace producir todos los sentidos é imágenes que pueden; las coloca, no en el lugar donde se pondrian por sí mismas, sino en el que designa la razon pintoresca, valiéndose de hipérbatos, ó inversiones del orden natural de la oracion, por las cuales han censurado algunos á Tucídides. Ningun poeta, ni siquiera lírico, ha usado con mas frecuencia que él de esta figura; á bien que para Tucídides, como para los poetas, apenas hay mas gramática que las conveniencias del oido y del gusto. Aquellas frases al parecer incorrectas no son obra de un arte menos consumado que los períodos mas regulares de los escritores que notaban á Tucídides y Herodoto de no haber sabido escribir. Mas diremos: son obra del arte, mientras dichos períodos son productos del artificio.

Desde la primera edicion de esta historia de las letras griegas, Tucídides ha tenido en Francia un traductor digno de él. Nada nuevo diremos si declaramos que, merced á

la trabajosa aplicacion del Sr. Zévort, Tucídides es ahora tan fácil de leer como antes difícil. Lo que realza mas el precio de esa obra de erudicion y talento, es el excelente proemio crítico que la acompaña. Nunca se habia hablado de Tucídides con tan profundo conocimiento, con tan viva admiracion, ni con la vehemencia de razon que constituye la elocuencia. A esas hermosas páginas remitimos al lector que desee comprobar nuestros asertos sobre el carácter del ingenio de Tucídides. Todas las opiniones que sentábamos con extremada desconfianza, el Sr. Zévort las ha expuesto una por una, con la autoridad de su ciencia, y les ha impreso la evidencia absoluta, indisputable, irresistible. No podemos menos de citar, y en ello nos complacemos, lo que se refiere mas particularmente al estilo y diction de Tucídides.

«La completa carencia de toda explanacion periódica, el frecuente uso de la elipsis, y las insólitas uniones de palabras dan al estilo una apariencia lírica que trae á la memoria el de Píndaro y de los trágicos. No puede decirse que falte la luz: por el contrario, brota de tantos puntos á la vez, que uno tarda algun tiempo en volver de su deslumbramiento... Cuando estamos bastante familiarizados con el pensamiento y la lengua de Tucídides para seguirle por las escabrosidades que le gusta recorrer, experimentamos un placer análogo al del sábio que, dueño en fin de la clave de una ciencia, adelanta ya con seguridad, y ve abrirse ante él horizontes dilatadissimos. Cada paso es todavía penoso; pero el cansancio queda ámpliamente compensado: lo que al principio era oscuridad, viene á ser enérgica precision; la composicion de las palabras, tan embarazosa en todos los idiomas por la vaguedad que introduce en el discurso agru-

pando las ideas y presentándolas sintéticamente y á montones no menoscaba en Tucídides la claridad, y la exacta determinacion de las imágenes; hasta realza el vigor del pensamiento y el efecto general, como los instrumentos que al parecer multiplican la luz concentrando sus rayos en un solo punto. La antítesis, de la cual hace un uso quizá sobrado frecuente, segun la costumbre del tiempo, no se halla á lo menos en disparidad con su estilo habitual; pues tomando los objetos por sus puntos culminantes, contraponiéndolos para aclararlos mutuamente, hermánase con un estilo que por lo general pone de relieve las cosas, como si hiciera anotacion acentuada de ellas. Esas contraposiciones, por otra parte, son siempre sencillas, naturales; nacen del asunto, sin arte ni afectacion. Tucídides prodiga las inversiones, sin curarse de la lógica ordinaria, y á veces de la concordancia; no coordina las palabras, antes las agrupa; las vierte á grandes montones, y parece que las hace entrar por fuerza en la ejecucion de su plan; bien así como en una naturaleza trastornada los elementos mas diversos y las peñas mas quebradas contribuyen á admirables efectos de conjunto. El aspecto general es extraño, tosco, sin ningun viso de arreglo artificial: nada puede adelantar con semejante guia el lector que solo busque el deleite; pero el efecto es sorprendente y la impresion duradera para quien no se desalienta: del contraste de las palabras y de su aparente desorden surge el pensamiento premioso, grave, imponente, terrible.»

Excelencia moral de la obra de Tucídides.

De ningun modo absolvemos á Tucídides de la nota de oscuro, puesto que el mismo Ciceron afirma que sus aren-

gas son difíciles de comprender; pero creemos que nuestra ignorancia y nuestra falta de aplicacion tienen muchísima culpa de esa oscuridad, como de la de Sófocles ó Esquilo. Si, para leerle es menester estudiarle; sí, es menester meditarle para comprenderle. ¡Y cuán recompensado queda un trabajo que de suyo es agradable! Bien lo sabia Demóstenes, quien, segun Luciano, copió ocho veces de su puño y letra la historia de la guerra del Peloponeso. Lo que Demóstenes buscaba en Tucídides no eran solamente los secretos de la verdadera diction ática, ni la ciencia de las íntimas relaciones de la expresion y de la elocucion con el pensamiento, en lo que nadie ha superado jamás á Tucídides; sino tambien, y principalmente, la explicacion de las cosas humanas, tan discreta, tan severa y tan grave, de que habla Ciceron; tan sublime á veces, añadimos nosotros, y tan profunda. Los sucesos referidos por el historiador no tienen siempre en sí mismos un interés muy vivo, y sin embargo el libro no ha envejecido un solo día; pues el hombre, que tambien conoció Tucídides, y cuya viva y fiel imagen trazó, es aun en nuestros tiempos lo que era en el de Pericles y Nicias, casi con iguales vicios y virtudes: la descripcion de sus pasiones, errores y crímenes, y la consolatoria pintura de su magnanimidad y sus sacrificios, no han perdido ni jamás perderán esotro interés mas vivo y mas íntimo que penetra las entrañas de todo lector verdaderamente digno de decirse á sí mismo la sentencia del poeta: «Hombre soy, y nada humano me es extraño.»

Parece que Tucídides se aficionó desde su juventud á los estudios serios y á la meditacion, merced á las conferencias y lecciones del filósofo Anaxágoras, en cuya escuela apren-

dió á despreciar la supersticion, á respetar profundamente lo bello, lo bueno y lo santo, imbuyéndose en las doctrinas espiritualistas que le merecieron tambien la nota de impío y ateo por parte de los sectarios de los dioses falsos. Por otra parte, Tucídides era de genio taciturno y algo triste, pero no moroso, ni menos vengativo. No declama, como Tácito, contra el humano linaje; no se complace en denigrar siquiera á los malvados; sabe hacer debida justicia hasta á sus enemigos; y Cleonte, principal autor de su desgracia, no es en sus manos un quidam análogo al vil esclavo, al zurrador paflagonio, forjado por las rencillas de Aristófanes. Tucídides no alaba á Cleonte; dice sí lo que Cleonte ha hecho, bueno y malo. La experiencia adquirida en el trato de los hombres, la vida del campo y el manejo de los negocios acabaron la obra empezada por el filósofo de Clazomena, y prepararon á Tucídides para su noble mision. Ni los sofistas ni los retóricos tuvieron arte ni parte en esa elaboracion lenta y continua. Mas afortunado que Eurípides y tantos otros, Tucídides se zafó de su pestilente influjo. Después de Dios, después de Anaxágoras, todo lo debió á la experiencia y á sí mismo; y por mas que se diga, no recibiria las lecciones de Antifonte de Ramnunta. Este, por su talento y carácter, merecia ejercer en el ánimo de Tucídides el imperio que se le atribuye; pero la elocuencia de Antifonte sufrió probablemente el influjo del robusto ingenio del historiador, y gracias á él se hizo acreedor á los elogios que el mismo le confiere. En Tucídides, el artista ha llegado á ser lo que es, no con ayuda del supuesto arte, ó como hablaba Platon, de la cocina inventada por Górgias y los suyos, sino con la contemplacion de las antiguas obras

maestras, y con la asidua lectura de las obras no menos admirables que la filosofía y la poesía produjeron durante las dos precedentes generaciones. Tucídides fué el hijo, y el mas legítimo en nuestro concepto, de Parménides, Empédocles, Simónides, Píndaro, y especialmente de Esquilo; y no menguó en sus manos la herencia del ingenio.

Retrato trazado por Tucídides.

Vamos á transcribir un corto pasaje que dará una idea de la moderacion de ánimo, de la exactitud de apreciaciones, del vigor y sobriedad de toque que nunca se admirarán bastante en Tucídides, y que hacen de su obra, por excelencia, el libro de los estadistas y los pensadores. Es el retrato moral del gran Pericles, de quien nada hemos dicho todavía, pero de quien hablaremos luego. « Poderoso por su dignidad personal y por la prudencia de sus consejos, y reputado incapaz entre todos de dejarse cohechar nunca á precio de oro, Pericles contenia á la muchedumbre solo con el ascendiente de su pensamiento: él era quien gobernaba á ella, no ella á él; pues no habiendo adquirido su autoridad por medios ilegítimos, no necesitaba decir cosas gratas, y conservando su dignidad, sabia contrariar la voluntad del pueblo, y arrostrar sus iras. Cuando veia que los atenienses cobraban fuera de tiempo una audacia arrogante, reprimiales los ímpetus y les llenaba de terror; si intempestivamente se sobrecojian de temor, sacábales de su abatimiento y reanimaba su audacia. Aquello era, de nombre, un gobierno popular: de hecho, habia un jefe, y obedecíase al primer ciudadano de todos (1).»

(1) Tucídides, libro 11, cap. LXV.

Para traducir esa intraducible lengua , hemos tenido que añadir muchas palabras , y ni siquiera hemos podido conservar el giro ni la fisonomía de la menor frase de Tucídides. Solo respondemos de su pensamiento , no completo quizás , sino tal como lo hemos comprendido; y, hasta desnudo y desfigurado de tal suerte , aun es bastante hermoso para justificar en caso necesario las mas apasionadas alabanzas.

CAPÍTULO XXV.

Antigua elocuencia política.

ORÍGENES DE LA ELOCUCIÓN SEGUN LOS RETÓRICOS.—VERDADEROS ORÍGENES DE LA ELOCUCIÓN.—TEMÍSTOCLES.—ARÍSTIDES.—PERÍCLES.

Orígenes de la elocución segun los retóricos.

Los historiadores y los críticos tienen formado un tema sobre los orígenes de la elocución. Opinan generalmente que la elocución nació en Sicilia , y que su padre fué cierto Corax. Dicen que otro siciliano , por nombre Górgias, la trasplantó en Atica por los años de 440 , y que merced á los trabajos de este grande hombre y de sus ilustres discípulos , no tardó en aclimatarse en su nueva patria , desarrollándose con maravillosa rapidez. Eso es lo que se lee en una multitud de libros , si no textualmente , á lo menos en cuanto á la sustancia. Concebimos muy bien que los griegos se preocupasen con una ilusión perdonable ; que tomasen por elocución las coordinaciones de palabras, ideadas por Górgias y sus secuaces , y que diesen el mismo nombre al orador verdadero y al hablador hueco ; pero

siempre hemos extrañado que repitiesen continuamente lo que los retóricos escribieron para realzar la dignidad de su arte , mucho mas que para rendir culto á la verdad , y que nos diesen por elocución lo que es su antípoda: la retórica! Creemos firmemente que Górgias y su escuela habrían acabado con la elocución en Atica , si no hubiese gozado de una vida vigorosa ; creemos que la hicieron todo el mal posible , y que no tuvieron ellos la culpa si despues de su triunfo se levantó tan espléndida en el siglo de Esquino y Demóstenes.

Verdaderos orígenes de la elocución.

La elocución es tan antigua en Grecia como la Grecia misma. Existía ya en los consejos que nos describe Homero , donde los jefes reunidos discutían grandes intereses políticos ó militares. Cuando hubieron desaparecido las monarquías , el talento de la palabra fué el primero de todos; y aunque no tengamos ninguna noticia particular acerca del estilo oratorio con que Licurgo , por ejemplo , ó Dracon ú otro cualquier hombre escuchado del pueblo , hacia prevalecer su opinion , seria empero una impertinencia decir que aquellos varones no eran oradores , y que no conocieron la elocución. ¿ Acaso no supo hablar Solon ? ¿ Acaso tampoco supo hablar Pisistrato , hombre correoso y versátil , que por tanto tiempo manejó á su talante al pueblo ateniense ? Mas no retrocedamos tanto en la historia , y ateniéndonos al siglo quinto , hallaremos que la elocución no aguardó la venida del bueno de Górgias para producir maravillas en Atenas.